

EL MUNDO CATÓLICO

LA RELIGION DEL ESTADO, ES LA CATÓLICA, APOSTÓLICA ROMANA
[Cap. III. Art. 5 de la Constitución.]

OFICINA
Calle de Ituzáingo Núm. 211

EDITOR RESPONSABLE, J. M. ROSETE.

SUSCRIPCION MENSUAL
Un Peso Moneda Nacional.

Prevención

A nuestros Agentes de Campaña.

Todo suscriptor a este periódico, tiene derecho a insertar (gratis) en sus columnas, toda correspondencia o publicación que verse sobre religión, engrandecimiento y mejora de nuestros templos católicos, moral y enseñanza pública.

Sólo pagarán los que traten de intereses particulares y los avisos.

La Dirección.

El ateísmo y el peligro social.

II.

IDEAS DEL TIEMPO PRESENTE.

Acostumbrado como estoy a las artimañas de la publicidad, aguardo que se me dirijan tres cargos:

Se dirá y se repetirá.

1.º Que ataco a la sociedad moderna;

2.º Que apelo a la fuerza y al miedo;

3.º Que deseo asustar los ánimos en beneficio de la cuestión Romana. No quiero que haya aquí lugar para equivocaciones y sobre los tres puntos voy a decir exactamente lo que pienso.

I.

¿ES CIERTO QUE ATACO A LA SOCIEDAD MODERNA?

Calumnia es esta vulgar, pero de trascendencia.

No; no ataco la sociedad moderna, y si con estas palabras designais lo que siempre ha significado para mí, a saber: la igualdad civil y las justas libertades; el poder respetado; la paz europea y sus obras fecundas; el mayor bien estar moral y material de los obreros, de los labradores y de los pobres; la union de las inteligencias y de los corazones en la civilización cristiana; la dignidad en las costumbres; el honor y la grandeza de Francia, lo acepto y os doy gracias. Aunque no todo sea perfecto en ella, no, no ataco la sociedad moderna, pero tiemblo por la sociedad futura. Estoy por los progresos útiles de la sociedad moderna, mas no honro con tal nombre la que estuvo a punto de nacer en las jornadas de Junio de 1848.

Pregúntome por qué las palabras *Sociedad Moderna*, a pesar del abuso que de ellas se ha hecho, conservan tanto prestigio, imperio y embeleso

sobre los ánimos mas diferentes, y me lo explico así:

Todos tuvimos un sueño halagüeño. Nacidos con este siglo ó en las varias épocas de su agitado espacio, arrojamos sobre nuestra época y nuestra patria una mirada de cariño y orgullo. Aparecíamos la Francia con los admirables dones que de Dios ha recibido, situada entre dos mares, llena de gloria en el Universo entero, y sosteniendo en una tierra feraz y risueña una población valerosa, inteligente y altiva. Llegábamos a la vida en un momento en que despues de horribles acaecimientos y grandiosas luchas, parecia que la paz estaba por mucho tiempo asegurada: paz entre los pueblos, afirmada por equitativas relaciones; paz entre los hombres llamados todos a la igualdad y a la libertad; paz con Dios, servido en nuestras antiguas Iglesias por un clero rejuvenecido en la pobreza, la experiencia y los dolores, profundamente nacional y enteramente ortodoxo. Aquella sociedad, ávida de sosiego, de trabajo y de justicia, coronada de gloria, hija del Evangelio y descendiente de un pasado ilustre, recibía en este siglo, como mejora, dones maravillosos, instrumentos y ante todo la ciencia, el crédito, la palabra: la ciencia para fecundar el trabajo; el crédito que apoyaba en la confianza mutua de los hombres la poderosa palanca de una prosperidad nueva; la palabra que parecia destinada a acercar y hermanar las inteligencias, y que ponía diariamente en comunicacion a los hombres todos de todos los países, a quienes informaba de sus intereses, derechos y deberes, y tambien de su comun y dramática historia.

La utilidad de todos esos instrumentos fué comprendida y bendecida por la religion; las esperanzas que en ellos se cifraron abrigólas todas en su corazón. Hubierase dicho que todos, a pesar de nuestro distinto origen é inclinaciones, navegábamos juntos hacia una tierra maravillosa prometida a nuestros esfuerzos, a la que llamábamos siglo XIX y sociedad moderna. Si: os tomo por testigos, contemporáneos y sucesores míos en la vida; este noble ideal que habeis creído realizado, vosotros, realistas, en la monarquía; vosotros, republicanos honrados, en la República; vosotros, imperialistas desinteresados, en el imperio; ese mismo ideal bajo di-

versas formas se ha conservado en lo mas íntimo de vuestras almas, y nada es capaz de arrancarlo de ellas. Cuando se os dice que alguno quiere tocar a esta sociedad moderna, a la que habeis saludado con este nombre, os estremecis, os resistis, le acusais de atentar a vuestros mas caros é íntimos afectos.

Y yo tambien a mi vez acuso: y pregunto a los poderosos que han hecho de la libertad, y a los sofistas de que modo la interpretan; pregunto a los que se han enriquecido qué han hecho del crédito; pregunto a la juventud opulenta y a los hijos mimados de la fortuna, que han hecho de la dignidad de las costumbres; pregunto a la prensa corruptora que ha hecho de la palabra, y si la ha empleado en pervertir ó en ilustrar; pregunto a tantos y tantos que pretenden ser representantes de la sociedad moderna, porque la hacen responsable de sus utopías é impiedades; pregunto a todos los grandes talentos que se ha hecho nuestro bello ideal; y lejos de atacar, en lo que constituye su gloria legítima, a la sociedad moderna que todos hemos querido, puesto que en definitiva es nuestra familia, nuestros hermanos, nuestros hijos, nuestros amigos, todos los que la naturaleza, la religion y la patria nos han hecho queridos; la busco entristecido, la llamo, y me consumo por salvar, si es posible, y conservar para mi país los restos de sus constantes esperanzas y de sus leales efectos, y grito, y os acuso a vosotros que habeis convertido mi sueño en una pesadilla.

Por que he aquí que densa nube asoma en el horizonte sobre nuestras cabezas; he aquí que el ateísmo y las mas funestas doctrinas, la impiedad, el sensualismo y la moralidad amenazan caer sobre este hermoso país y cubrirla con una inmensa sombra maléfica. Todo lo que constituye su gloria, el Evangelio, la religion, la filosofía y el honor eterno de la moral es blanco de la mofa de impudentes sofistas, y amenaza con entregar muy pronto la brillante y generosa sociedad francesa a una turba de ateos y materialistas.

He aquí mi contestacion sobre la sociedad moderna. Yo la amo y vosotros la pervertis; la atacais, y yo la defiende.

Y la defiende con el corazón rebozando de esperanza.

Segunda parte.

I.

UN HEROE.

Desde aquel día viví sometida a dos influencias muy diversas. Viví entre mi madre, que todo lo veía por el lado negro, y mi abuela que todo lo miraba por el lado color de rosa.

Entre un corazón envejecido y un corazón perfumado hasta una edad avanzada, con las flores de esa eterna juventud que se llama dicha.

Entre una alma herida de una manera incurable, y una alma infantil llena de ilusión y de amor.

Porque el esposo de mi abuela, a pesar de su cinismo y de sus vicios secretos—tan secretos, que todos los ignoraban—supo hacerla la mas feliz de las mujeres.

Las atenciones mas tiernas rodeaban a la señora de Sindoval; vivía en una atmósfera de lujo embriagador, y de los labios de su marido solo escuchaba el lenguaje mas apasionado.

La opinion de Elena era acatada siempre. Sindoval parecia mirarse en su belleza, y cuando esta empezó a decaer por los años, aun refulgía su adonación y su ternura.

¿Cuándo ceno o cenaba aquella apasionada seductora? Solo Dios y el coronel lo hubieran podido decir.

No con sus intenciones queridas lo sabían, pues ya dije antes que, con su arte infernal conseguía cubrir lo mas abyecto del vicio, con las formas mas decorosas y mas seductoras.

Tenía la habilidad exquisita de envenenar a las mujeres hasta la locura, y de acceder a todos los desórdenes que ellas le pro-

¡Ah! es verdad que nuestro siglo tiene sus miserias y peligros, pero tiene tambien, a pesar vuestro, sus virtudes y sus fuerzas para el bien.

Hay, en el día, especialmente en Francia, junto a los progresos del mal los vigorosos progresos del bien, que ve todo el mundo; aspiraciones vivas hacia las cosas grandes, una asombrosa fecundidad de obras sociales, y sorprendentes conversiones a las verdades y a las virtudes cristianas: ¿Cómo es posible desconocerlo? Todo lo que se hace en el órden moral con valor, constancia y sinceridad, lucha ventajosamente contra la fuerza de las corrientes contrarias, y reanima todos los días los desfallecimientos públicos con sólidos y valiosos triunfos. Y esta es precisamente lo que avergüenza y estremece a los impíos.

Paréceme a veces cuando considero los recursos admirables de esta época y de este país que solo se necesitarían circunstancias favorables, un soplo propicio, un magnánimo impulso para hacer ver a este siglo tan minado por la incredulidad maravillosas resurrecciones.

No, no acusamos a nuestra época; pero nos atrevemos a decirle la verdad cuando es preciso, porque esperamos en ella, y tambien porque sentimos en el corazón una resolución invencible de consagrarnos a su salvación a despecho de todos los esfuerzos enemigos. Los males que han de curarse, los desfallecimientos que han de aliviarse y los peligros que han de conjurar ¿no constituyen la honra y hasta la razón de nuestro ministerio, el verdadero objeto de la Iglesia?

Y por último, ¿por qué no le decirlo para reanimar el valor de todos y el mío, hasta en vísperas de los males mas extremos?

¿No ha sucedido siempre? ¿no han estado siempre en lucha, en lucha ardiente en la tierra el bien y el mal? ¿no parece vencido a veces el bien? ¿No ha conservado la Iglesia, en medio de sus combates mas desesperados, la certeza y la serenidad de la victoria en su frente cubierta de nobles cicatrices?

Sin embargo, no nos durmamos sobre los infortunios y peligros que amenazan a aquellos a quienes nos toca salvar, ni tampoco nos aleguemos las vanas profecías que nos prometen edades de oro, prosperidades tempo-

porarias, sin provocarlos nunca por su parte.

Así era que, lejos de ser el que conducía al precipicio, parecia caminar a este por una especie de tierna conmiseración hacia la enamorada mujer, que de él se apasionaba.

Entre la gran cohorte de incantadas que perdid, ninguna mas que la esposa de mi padre podia quejarse de la falta de su hijo, de su respeto y hasta de su ternura.

Y aun analizando bien los motivos que aquella tenía, no era el quien debia de estar quejoso?

No era Magdalena la que se habia casado la primera, para dar gusto a su madre?

No era esto confesar que amaba mas a su madre que a él?

No se habia casado con un hombre rico, joven, de seductora figura, de una brillante posición social?

Y él no habia elegido una mujer de mas edad que la que él contaba, es decir, una amiga mas bien que una esposa?

Todas estas razones le dió aquel seductor, ante el cual, los don Juanes y los Lavozes quedaban en mantillas, en una carta que dirigió a mi madre, dos ó tres días despues de su boda; continuaba diciendole que la perdonaba su ingratitud; que la amaba siempre y mas desde que se la habia hecho imposible para él; que discurría de su sangre, de su vida, de su fortuna, de todo por que su corazón aun estaba adherido, con fibras frescas y sensibles.

Otra mujer de menos talento que Magdalena, ó menos pura y altiva, hubiera caído a las plantas del héroe; le hubiera pedido el perdón que se adelantaba a ofrecer-

rales, épocas nuevas en que ha de sonreírnos todo, en que, vencidos todos los errores y todos los vicios, el cristiano no habrá de tener mas afán que florecer en este mundo! Dios me libre de olvidar jamás las bellas palabras del ilustre obispo de Hipona: *Nunquid christianus factus est, ut in secula isto floreat!*

Correspondencia.

Roma, 18 de Febrero.

El viernes próximo, 23 de febrero se verificará en el Vaticano el consistorio en que serán preconizados los obispos italianos cuyos nombres cité en mi última carta. Debo añadir los siguientes prelados: el canónigo Giustini de Pisa, obispo de Arazzo; el P. Alberto, religioso de los Carmelitas descalzos de Prato, obispo de Grissetto; el canónigo Toccarelli, secretario que fué del cardenal Baluffi obispo *in partibus* y administrador de la diócesis de Acquapendente en el estado romano.

El Padre Santo acaba de admitir la dimensión presentada por mons. Clementi, obispo de Rimini, y por mons. Vitelleschi, obispo de Osimo. El cardenal Guidi fué preconizado en 1863 arzobispo de Bolonia, pero no ha tomado nunca posesion de su silla por la oposicion que le hacia el gobierno italiano. El Padre Santo quisiera ahora dar a este cardenal otro destino y nombrar a otro prelado para la sede de Bolonia. Mons. Balferini fué preconizado arzobispo de Milan en el consistorio del 20 de junio de 1859, pero el gobierno italiano impulsado por el clero liberal, le prohibió constantemente tomar posesion de su silla. Ahora bien, el Padre Santo, descomulgando terminando esta cuestion, ha resuelto nombrar a este prelado tan distinguido patriarca *in partibus* y darle otro destino en Roma. Se ignora aun quien será el nuevo arzobispo de Milan.

En el mes de marzo se celebrará otro consistorio en el que serán preconizados varios obispos italianos.

Dícese que Su Santidad creará entónces algunos cardenales y se asegura que serán elevados a esta dignidad mons. Barili, nuncio apostólico de Madrid, mons. Chigi, nuncio mons. Galcinelli, nuncio en Viena. Por lo general los nuncios apostólicos de primera clase ascienden a cardenales despues de seis años de servicio, y se encuentran en este caso

le, hubiera acusado a su madre, a su destino, a la Providencia quizá, que es la última y mas ciega acusacion de los que se desespantan por cosas que valen poco; pero la esposa de mi padre era una mujer superior a no hizo nada de esto; llamó a Felicia, que habia llegado a ser su confidente y su única amiga, y le enseñó aquella carta obra maestra del coronel.

Cuando se la devolvió, la quemó a la llama del quinqué, a cuya luz lordaba, y las cenizas, negras como la intencion que habia dictado aquel escrito, cayeron sobre los brillantes colores de la tapicería, empapando un momento.

Magdalena la sacudió, y luego dijo con una sonrisa triste mostrando las flores limpias:

—Tan poca huella como aquí, ha dejado ese indigno escrito en mi corazón, que toda la habilidad de ese hombre no alcanzará a borrar.

Felicia tomó la mano de la condesa y la estrechó tiernamente entre las suyas; luego arrependida de la llaneza de este movimiento de afecto que no fué digno de contener, bajó los ojos ruborizada y murmuró:

—Perdon, señora!

—Y de qué, amiga mía? repuso Magdalena: de que me tenga V. afecto la he de perdonar? ah! yo soy quien le debo la mas tierna gratitud en este aislamiento moral a que mi desgracia me ha traído, solo cuanto con su amistad mi madre, e intentó con una pención crecida que la arrancara a mi marido, vive en su casa con la ostentacion que siempre ha deseado y a la cual me sacrifico, y ya no pienso en mi; mi marido busca en otras partes la distraccion que mi melancolía no pueda ofrecerle, y que sin

15 FOLLETIN.

SUEÑOS Y REALIDADES.

MEMORIAS

DE UNA MADRE PARA SU HIJA.

POR

Maria del Pilar Sinués de Marco.

Mi aya meció tristemente su bella cabeza rubia.

—Y qué! piensa V. que se negará? preguntó mi abuela.

—Pienso qué si, señora.

—Y por qué?

—Solo para contrariar a V. y tal vez tambien porque, como padre, desee la compañía de su hijo: luego recordando sin duda las terribles miradas del coronel, añadió:

—Por otra parte, señora, V. se tenia que tomar por la educacion de la señorita Valeria cuidados muy graves, y cuya responsabilidad solo puede aceptar su padre.

—No comprendo a V., querida Felicia. Quiero decir, señora, que siendo la señorita Valeria tan rica, será forzoso mucho tiempo para elegir un esposo, entre el gran número de pretendientes que han de rodearla, y que el señor conde será muy escrupuloso en esta parte.

—No será mas que yo, seguramente, respondió Elena; pero en fin; Dios hará lo que ea de su agrado: yo pediré la tutela

